LA DIVINA EUCARISTIA SU COMUNION Y SUS PRODIGIOS

por un

Carmelita Descalzo de Batuecas.

Obra póstuma del P. Valentín de San José
(† 14-VI-1989)

Edición preparada y reducida por su discípulo
Fr. Matías del Niño Jesús

–1990–

Apostolado Mariano
C/ Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84.7770-640
D.L.: Gr. 1751-2002
Impreso en España
Printed in Spain

Puede imprimirse
Fr. Juan Jesús Sánchez
Provincial de Carmelitas Descalzos de Castilla.
Madrid, 7 de Febrero de 1990.

Portada: Realización de una carmelita descalza del Cerro de los Angeles, con que obsequió al autor en su onomástica, representándole en adoración ante el sagrario, como era su práctica obsesiva prolongada, considerándose rodeado de ángeles en la soledad del Desierto de Batuecas.

PRESENTACION DEL LIBRO Y SU AUTOR

El P. Valentín de San José murió en olor de santidad el 24 de junio del año pasado, a la edad de 93 años, en el Desierto Carmelitano de San José de Batuecas (Salamanca). Hacía veinte años que residía en este Santo Desierto por él restaurado cuarenta años antes, siendo Superior Provincial de Carmelitas Descalzos de Castilla.

Nacido en Castilfalé (León) en 1896, ingresó jovencito en la Orden del Carmen, en la que profesó el 27 de septiembre de 1914, en el noviciado de San Juan de la Cruz de Segovia. Fue ordenado sacerdote en la isla de Cuba en 1921. Desde los treinta y un años siempre ejerció cargos de gobierno, que comenzó como formador de novicios en Segovia. Fue Superior Provincial de Castilla durante doce años con intervalos. Residió en Madrid, convento de Santa Teresa de la Plaza de España, por espacio de treinta años, destacando como eminente ora-

dor, director de almas y predicador de ejercicios espirituales, siempre estimadísimo como santo y celoso en estos ministerios.

Conocía a fondo la doctrina de sus santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, que mucho divulgó de palabra y publicaciones. Conforme a sus celestiales enseñanzas vivió entregado a la más intensa vida espiritual y fiel observancia de lo que ellos establecieron en su Reforma Teresiana del Carmelo. Dedicó mucho tiempo y atendió con especial interés a sus hermanas las monjas carmelitas, para las cuales escribió buena parte de sus libros. Fue Consejero Nacional de las Hermandades Ferroviarias durante veinticinco años y Director meritísimo del Carmelo Seglar. Fue escritor asiduo y publicó numerosos libros para promover la santidad y muy en particular la práctica de la oración mental.

A sus muchos escritos se añade éste sobre la Eucaristía, que aquí editamos póstumo. Ya lo había él entregado a la censura y aprobación para la publicación. El libro es como su testamento espiritual, fruto de su intensa vida eucarística en la soledad del Desierto de Batuecas. Su fe, amor y adoración a Jesús en el sagrario fue nota muy destacada, con el matiz de reparación y expiación. Desde que a sus 37 años fue mi Maestro de noviciado, después durante seis años mi Superior en Madrid y durante los

veinte años últimos mi súbdito en Batuecas, soy testigo de su tiempo de adoración ante el sagrario en la oscuridad de cada noche, después de dada la señal para el descanso de la Comunidad. En el Desierto a las muchas horas comunes de oración y liturgia añadía todos los días a media tarde y media mañana, además del ejercicio del vía crucis, un tiempo de adoración por lo menos de media hora, colocado lo más cerca posible del sagrario, que lo prolongaba en los jueves y en el día de retiro mensual. Las monjas refieren que cuando tenía tiempo libre de atenderlas en sus capillas, le veían en oración delante del sagrario.

Vivió en sus años postreros del Desierto la santa obsesión del misterio eucarístico, de él hablaba, escribía y dedicó a leer, investigar y recoger datos y maravillas referentes al Divino Sacrificio y Sagrada Comunión, de lo que es fruto este libro. Se complacía en considerarse en el templo rodeado de la multitud de ángeles que adoran a Jesús Sacramentado; idea que gustaba repetir en pláticas, conversaciones y escritos. A esa adoración unía su reverente genuflexión reposada que siempre tocaba el suelo, ya nonagenario, hasta el último año que se lo impedía su pierna ulcerada. En los últimos meses, que no podía salir de la celda, ni casi dormir, se estaba en ella sentado a oscuras, haciéndose la idea de que pasaba la noche junto al sagrario.

Su fe y amor al sacramento del amor llegaba a su momento culminante en la celebración de la santa misa, que pudo celebrar hasta el último día llevado en silla de ruedas a concelebrar en la iglesia. Inmediatamente de terminar el augusto Sacrificio solía recogerse en la celda sin demora alguna entregado a la más fervorosa acción de gracias por espacio de cerca de una hora, sentado o de rodillas, para la cual ponía su gran crucifijo sobre la mesa, en la que se apoyaba con la cabeza inclinada casi tocándolo, con afectos que yo muchas veces le oí desde fuera.

Por esta vivencia resulta el presente libro de plena actualidad, cuando está muy generalizada la omisión casi total de la acción de gracias, omisión que es causa del nulo o escaso fruto santificador de las misas y comuniones. Considerando también la poca práctica del sacramento de la confesión, hay que lamentar la fría vida espiritual cristiana y la descuidada fidelidad a las exigencias del estado clerical y religioso. Ojalá que este libro contribuya a revitalizar la vida sacramental, conducto ordinario de la gracia de Dios, pues de lo contrario no es fácil la renovación conciliar por más reuniones y asambleas que haya y libros que se publiquen.

Siendo este libro obra póstuma de un anciano muy falto de vista, no podía salir al pú-

blico sin retocar el original. He revisado cuidadosamente el texto y suprimido oraciones y casos prodigiosos de menor valor o menos relacionados con la Divina Eucaristía. Cuando el P. Valentín acabó de componer el libro, lo presentó al parecer de un fervoroso carmelita sacerdote del Desierto, ya fallecido, quien por guardar la norma del silencio contestó por escrito: «¡Perfecto. Un verdadero tratado de la Eucaristía!». Lo mismo pienso: que viene a ser como una minienciclopedia eucarística. Su lectura y la utilización de sus oraciones encenderá la fe y fervor amoroso al gran Misterio del Amor.

El editor
Fr. Matías del Niño Jesús, O.C.D.
19 de marzo de 1990.
Desierto de San José. Batuecas.

J. M. + J. T.

A TI, LECTOR AMABLE Y AMADO

Dios está aquí, en la Hostia consagrada. Creo firmemente y proclamo que Jesucristo, Dios verdadero y Hombre verdadero, está aquí, en la Hostia consagrada. Está su cuerpo real, vivo, glorioso, como está en el cielo, como lo explica la Teología. Tú, muy amado lector, y yo, sencillos fieles cristianos, lo creemos como nos lo enseña la Santa Iglesia católica.

Jesucristo, con su poder divino y su amor infinito, como de Dios, quiso y continúa queriendo hacer el grandísimo y milagroso prodigio de cambiar la sustancia del pan y del vino en su propio cuerpo vivo, glorioso, todo el tiempo que permanecen las especies sacramentales o duran los accidentes del pan y del vino sin destruirse o descomponerse. Está en la sagrada Hostia y le tocan las manos del sacerdote y está en el pecho de quienes le reciben y le recibimos: tú y yo en nuestra boca.

La sustancia del pan y del vino, se ha convertido por las palabras del sacerdote, en el cuerpo real, vivo, glorioso en sí, de Jesucristo, junto con su divinidad. Está de modo insensible e invisible como no vemos ni sentimos la sustancia misma del pan, pero está real y total y, repito, glorioso en si. Y Jesucristo está Dios-Hombre, real, vivo y glorioso en mi, dentro de mi pecho, cuando le recibo en la Eucaristía. No es distinto del que está entre los Angeles y entre los Bienaventurados en el cielo. Calladamente obra en mi su obra como Dios y como Hombre. Invisible, insensible, pero todopoderoso, santificador y deificador.

A veces, ha hecho el prodigio de manifestarse milagrosamente sensible o visible en la Sagrada Hostia de diversos modos a algunas almas, casi siempre almas santas o muy fervorosas. Raramente también a almas pecadoras.

Jesucristo dio poder, como Hombre-Dios, a las palabras del sacerdote, pronunciadas en su nombre, para que realizara este portentoso prodigio eucarístico de la transubstanciación de la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo de Jesucristo, milagro muy superior a la creación de los seres y al poder del hombre y comprender del entendimiento humano.

Es prodigio y milagro del Amor divino a los hombres. Es prodigio de fe y dogma de fe. El cristiano católico está obligado a creerlo.

Yo creo y creo firmemente, que Jesucristo, el mismo del cielo, está en la Eucaristía, para que yo le recibiese, para alimento espiritual de mi alma, para darme la gracia divina y ser mi vida espiritual. Con la gracia y su amor me da las virtudes, la vida espiritual y sobrenatural; me da la santidad y la esperanza confiada de la felicidad eterna del cielo.

Exige para esta vida espiritual y para la santidad la cooperación del hombre, de cada persona. Jesús lo quiere, pero no obliga ni quita la libertad. Quiere que el hombre quiera y coopere. Quiere que el alma sea sagrario vivo, limpio, santo, morada de divino amor a la cual venga Él a vivir. Mi pecho puede ser y debe ser morada santa de Jesús. Jesús quiere estar y permanecer realmente en mi como en el cielo, en lo íntimo de mi y ser mi vida.

Muchos, muchos prodigios de estas comunicaciones de Jesús milagrosamente sensibles en la Eucaristía he leído. Ahora quiero reunir aquí algunos de estos milagros para acrecentar la fe y el fervor, mío y del que lo lea.

No puedo poner muchos, porque no dispongo de libros, ni recuerdo ya los que he leído ni de los detalles. Ya hay publicados algunos libros con muchos de estos casos milagrosos. Dios lo dé vida. Antes de transcribir los milagrosos prodigios de amor a Jesús en la sagrada Hostia, me ha parecido será de gran pro-

vecho espiritual, exponer brevemente y con el fervor posible, la doctrina sobre la misma Eucaristía divina y la obra de amor de Jesús en ella, para comulgar con mayor espíritu y acompañarle con más frecuencia y más amorosa confianza (1).

También he querido poner en castellano las oraciones de preparación y acción de gracias de la comunión de San Ambrosio y de San Alfonso María de Ligorio y algunas otras que antes ponían los misales y son tan fervorosas y con ellas se avivará nuestra fe, nuestro amor y nuestra confianza en Jesús y nos moverán a ofrecernos más determinadamente a Dios durante el día.

Quiera el Señor que todo esto ayude a progresar en las virtudes y en la vida espiritual y crecer en la gracia y en el amor de Dios y, con el amor de Dios, en el del prójimo.

Lo deseo para mí, y lo pido y deseo para ti,

(1) Casi todos los prodigios están tomados literalmente de autores. La mayoría de los Años Cristianos que compendian muy bien los libros de las Vidas de los Santos. Son los siguientes: *La Leyenda de oro*, por Ribadeneira, ed. de Barcelona 1896-7 en cuatro grandes volúmenes; *Año Cristiano Ibero Americano*, por Isabel Flores de Lemus, ed. de Barcelona, 1950, cuatro tomitos; *Año Cristiano Carmelitano*, por Dámaso de la Presentación, Madrid, ed. 1948-52, en tres volúmenes; *Año Cristiano* por Juan Croisset, ed. revisada de quince tomos en 1851.

que lees esto. Dios te llene de su amor, te haga amor, y haga la perfecta unión de amor con tu alma.

Lo escribo en el Desierto de carmelitas descalzos de San José de Batuecas a 13-X-1982

El autor

Capítulo I

REFLEXION PREVIA SOBRE LA EUCARISTIA

Dios. Trinidad. Creación. Encarnación. Eucaristía. Cielo.

Dios es amor infinito. Como Dios es todo verdad y toda la verdad infinita. Dios es también todo amor y todo el amor infinito y glorioso o gozoso y feliz.

La Trinidad Santísima es la vida infinita íntima de Dios en Sí. La Vida infinita, en perpetua actividad de gloria infinita y de infinito amor gozoso.

La Creación es una manifestación del infinito amor de Dios en sus criaturas. La Creación canta amor y gloria a Dios Creador, que la hizo de la nada.

La Encarnación es el misterioso e incomprensible e inexplicable amor de Dios, tomando la naturaleza humana y pasible para sobrenaturalizar y divinizar la naturaleza espiritual redimiéndola.

La Eucaristía es la comunicación y manifestación de Dios-Hombre o Divinidad-Humanidad para divinizar la criatura humana. *El Cielo* es ya la gloriosa vida divinizada de la criatura espiritual, sobrenaturalizada por la gracia divina en perpetua posesión del gozo infinito, viviendo participadamente la misma vida de Dios y en la vida de Dios.

De modo tan admirablemente maravilloso forma Dios el círculo completo de Dios glorioso Creador y de Dios Glorificador o cielo glorioso en el mismo Dios para la criatura espiritual. Dios quiere dar y comunicar a quien los quiere recibir, el amor glorioso de su vida divina permanente, ininterrumpido y sin fin como Él y en Él. ¡En Dios y como Dios!. El hombre en el cielo y para siempre ya vivirá el amor feliz comunicado y participado. Es la criatura divinizada. Creada por Dios y ya viviendo gloriosa en Dios.

El Verbo eterno se comunicó con la criatura del modo más perfecto, o sea tomando la misma naturaleza creada y uniéndola al Verbo, a Sí mismo. No hay, no puede haber, amor más grande que comunicarse Él mismo haciéndose criatura sin dejar de ser Creador. Dios no puede dejar ni despojarse de ninguno de sus atributos, pues son su misma esencia. Tomó la naturaleza humana, la naturaleza creada, pero sin dejar de ser Dios, ni confun-

diendo naturaleza creada y divina, sino uniendo la naturaleza humana a la Segunda Persona Divina. La Encarnación es un misterio incomprensible en la tierra.

Así redimió al hombre. Y para que no fuese como una obra pasajera, quiso quedarse con los hombres haciendo un mayor milagro: instituyó la Eucaristía, convirtiendo una sustancia creada, el pan y el vino, en su propio cuerpo, glorioso en sí, y que pudiera multiplicarse y estar en todos los lugares y pudieran acompañarle y recibirle y alimentarse de Él y llenarse de su amor cuantos lo deseasen. Jesús se da realmente al que le recibe en amor, se hace como propiedad de quien le recibe y le ama. Da su cuerpo, su alma y su divinidad. El cuerpo glorioso de Jesús, extensivo, sólo está en un lugar: en el cielo. En la Eucaristía, está de modo no extenso, sino sustancial, y está en innumerables lugares. Nos acompaña y podemos acompañarle. Nos podemos y debemos alimentar de Él. Es el mismo que está en el cielo, pero de modo inextenso y sustancial. En la Eucaristía está el alma y el cuerpo y la divinidad. Ni tan sólo, aun cuando le miremos sólo. Están en Él y con Él sus Angeles y sus Santos.

La Eucaristía diviniza realmente al hombre que la recibe en gracia. Se recibe en la Eucaristía a Jesús Dios y hombre verdadero, glorioso en Sí. Y comunica su gracia divina y su amor

divino. Conduce al cielo. Es el mismo Jesús a quien adoran todas las criaturas y el mismo que las ha de juzgar y dar en premio el cielo que hayan merecido con sus obras, sus virtudes y su amor.

El Cielo es la eterna y gloriosa recompensa en la comunicación de la vida gloriosa de Dios. Es el galardón de la fidelidad de cada uno, es la grandeza del premio y galardón del amor y de la santidad que cada uno haya adquirido o vivido en la tierra. Y es para siempre glorioso en Dios, viviendo de la misma vida de Dios participada o comunicada por el mismo Dios y en Dios, según las obras y el amor de cada uno. La criatura salió de Dios por la creación y vuelve a Dios por la redención y la glorificación. Dios creó el ser espiritual, para que fuera feliz con la visión gloriosa y sobrenatural de la Esencia o del Ser del mismo Dios.

El premio de la virtud y del amor de Dios es el cielo, es la visión gloriosa de Dios habiendo recibido la luz de gloria, que sobrenaturaliza el entendimiento y el ser para poder ver el Ser sobrenatural por esencia, que es Dios. Dios es quien da esa luz de gloria, o la infunde en el alma purificada después de la muerte.

La visión de la esencia es la felicidad completa. Comunica la misma vida de Dios con sus sobrenaturales perfecciones: el entender y el gozar, el poder y el amar. La visión de Dios

es poseer a Dios y vivir la misma vida de Dios en Dios.

¡La visión de Dios! ¡El ver el cuerpo glorioso de Jesús! En la Eucaristía está el alma y el cuerpo glorioso de Jesús y la divinidad. Está realmente por modo de sustancia, no con extensión. Lo sabemos ciertamente por la fe. No le vemos. De suyo no podemos verle. Le acompañamos, le recibimos; ¡no le vemos! Deseamos verle. A veces hace efectos extraordinarios sobrenaturales, que se ven. Son los efectos milagrosos que voy a recoger en estas páginas. A todos nos maravillan y acrecientan la fe en la Eucaristía, en la Divina Eucaristía.

Muchísimos prodigios he leído en la vida de muchos Santos. Los he leído y dado gracias a Dios, porque se los concedía y eran gracias de Dios para aumentar en ellos el deseo de santificarse y amar más enamoradamente a Dios. Nunca he tomado nota de ellos. Sólo los admiraba. Por esto ahora que me determino a escribirlos, serán muy pocos relativamente los que haga constar y no seguramente los más importantes. Ellos sirvan para hacernos crecer en el amor y en la más perfecta entrega a Dios por las virtudes.

Dios nos ha creado para el cielo. Para verle a Él, que es el cielo verdadero. Y en Dios veremos todas las cosas. Y en Dios conoceremos toda la creación. El más santo y que amó más

a Dios en la tierra, le verá y conocerá mejor en el cielo eternamente.

No podemos dejar de desear el cielo consciente o inconscientemente, porque no podemos dejar de tender a nuestro fin último, al fin para el cual Dios nos creó, ni podemos dejar de desear el bien, ser felices y vivir la felicidad perfecta. Y Dios nos creó para el mismo Dios que, repito, es la felicidad y el cielo verdadero, porque el cielo y la felicidad es el cúmulo de todos los bienes. Todos deseamos y buscamos la felicidad, y la felicidad infinita es Dios y sólo Dios puede dar la felicidad.

La Eucaristía, por lo mismo que es la Persona de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, real, presente, infinito en Sí y glorioso en Sí, es la soberana Majestad y la omnipotencia y se ha de recibir con todo honor y toda veneración. La preparación para recibirla con el alma limpia –y debiera ser con una vida muy santa–, ha de hacerse con mucha atención y recogimiento y grande amor. Toda preparación no es bastante para la reverencia que se merece. Se va a recibir al Santo de los Santos, a Dios infinito, omnipotente y de soberana Majestad, de augusto señorío e imponente grandeza.

Por esto, quiero poner la preparación y acción de gracias, que han hecho muchos santos con oraciones y reflexiones escritas para antes

y después de decir la Misa los sacerdotes. Pero quiero ponerlas en castellano, para que puedan hacerla todos los cristianos fervorosos que dispongan de tiempo y voluntad para recitarlas. Han sido escritas por Santos o almas santas y expresan los sentimientos y deseos que todos deseamos tener y no sabemos expresar. Aunque la mejor preparación es el silencio en íntimo recogimiento y atención a Jesús-Dios, que tenemos dentro del pecho, escuchar a Jesús y mirarle con amor callado, agradecido y suplicante.

Deseamos hablar y ver a Jesús. Le miremos y le hablemos y le pidamos. En esos momentos está dentro del pecho, más aun: dentro, íntimo en el alma.

El alma santa acompaña a Jesús. Le mira en el Sagrario y pide a Jesús haga de su pecho un sagrario vivo y perenne. Con algunas almas lo ha hecho permaneciendo las especies sacramentales continuamente en el pecho. Le llevaban dentro en amor y le miraban. Jesús era su íntimo compañero; le trataban en intimidad.

Decía la Hermana Teresa de San Juan de la Cruz (1852-1906) Carmelita en Sevilla, «que cuando muriera no la llevaran al cielo sino que la dejaran en el sagrario hasta el juicio final, no queriendo otra gloria mientras hubiera mundo». Petición de un momento de grande afecto hecha por un temperamento andaluz.

No pienso yo así, ni lo quiero, ni lo pensaban los Santos.

Cierto que Jesús se quedó en el altar para ser compañero de los hombres y ser su vida. El alma de amor enamorado le acompaña continuamente.

Pero es también cierto que el amor desea ver a quien ama y cuanto es más enamorado el amor, más desea ver muy pronto, poseer y tener la presencia del amado y del enamorado. El enamorado no admite tardanzas. Véante mis ojos. Que trate y vea mi alma.

Los Santos deseaban vehementemente el cielo: ver a Dios, estar con Dios. San Juan de la Cruz puede presentarse como modelo de todos, cuando expresaba este amor y esta ansia del ver ya y poseer al Amado-Dios. Decía:

Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura;

Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

Y Santa Teresa de Jesús le incitaba al Señor a que la llevara ya con Él a su presencia para verle, diciendo en amoroso desafío:

Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,

Decidme ¿en qué me detengo
O Vos, en qué os detenéis?

Y los dos Santos hicieron la paráfrasis de la poesía «Muero porque no muero».

Goza el alma, y gozo yo, en mirar dentro de mi a Jesús real y verdadero *Dios y Hombre, divinidad y humanidad* en la Divina Eucaristía y decirle:

En mi pecho florido,
Que entero para Él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente sólo moras;
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
Cuán delicadamente me enamoras!

Cuando me pienso aliviar
De verte en el Sacramento,
Háceme más sentimiento

El no te poder gozar;
Todo es para más penar
Por no verte como quiero,
Y muero porque no muero.

Y si Santa Teresa se quedó arrobada por el ansia y sentimiento que en su espíritu se avivaron al oír la linda voz que cantaba:

«Véante mis ojos
Muérame yo luego»

Mi alma repite con gran deseo: Muérame yo luego,

Muérame yo luego, para que te vean mis ojos, para que ya te vea y trate directamente mi alma.

Alma mía, admira y alaba lo infinito de la sabiduría, del poder y amorosa bondad de Dios en este círculo perfectísimo y sobrenatural de su obra creadora con el fin más alto y perfecto: la gloria de Dios y la gloria y la felicidad de la criatura espiritual.

La Creación, hecha por Dios. Sólo Dios puede crear. Tu creación. Has sido, oh alma, hecha por Dios y para ser deificada para gloria de Dios y tuya.

La Encarnación, el grandioso misterio inexplicable en la tierra, para redimirte. Dios tomando la naturaleza de la criatura humana, sin dejar de ser Dios, ni perder nada de su divinidad.

La Eucaristía. Dios haciendo el milagro de la transmutación de la sustancia para ser en el Sagrario tu compañero, alimentarte y divinizarte. Hacerse alimento tuyo, y hacerte divina haciéndote cuerpo de Jesús. ¡Divino misterio de amor divino!

Dios invita al alma a estar con Él para hablarla, para enseñarla, para transformarla y unirla en amor a Él mismo. El alma acude a la invitación de Dios para estar con Dios y tratar directamente con Dios y tratar del divino amor y pedir que la llene de su amor y la transforme en su amor. No acude a tratar con los Angeles, sino con el Creador de los Angeles y de todos los mundos. Los Angeles estarán presentes viéndolo y gozando; pero el alma está en la oración con el mismo Dios; ha ido a mirarle, a escucharle, a pedirle y a estar ofrecida a su amor.

La fe nos enseña que la oración es una verdad y una realidad del trato de amor directamente con Dios y de Dios con el alma. A Dios no se le puede ver. Es espíritu y sobrenatural. No lo pueden ver los ojos del cuerpo porque lo corpóreo no puede ver lo espiritual. Y no le puede ver el alma porque mientras viva en la tierra sólo puede ver y conocer por los órganos del cuerpo y porque Dios es sobrenatural. Le verá cuando Dios la comunique la luz de la gloria en el cielo y con la luz de la gloria la

hará ya gloriosa siempre, dándola potencia sobrenatural, para poderle ver, y para siempre estará viendo a Dios, y en Dios todos los seres y todas las acciones. Dios por ser el Ser sobrenatural supera toda comprensión natural y toda imaginación.

La glorificación en el Cielo. Dios, después de tu muerte en gracia, te infundirá la luz de gloria para que le veas, le poseas y le goces ya glorioso, comunicándote su misma vida gloriosa y feliz para siempre. La felicidad y gloria sin tener ya fin.

Salida de las manos de Dios por amor y vuelta a las manos de Dios en amor glorioso, para vivir en Dios el mismo amor glorioso de Dios y su misma vida feliz, Dios te hará glorioso dándote su misma gloria, su misma vida, su misma felicidad, cuanta pueda recibir tu capacidad, la capacidad que hayas hecho con tu virtud y tu amor.

¡Qué admirable eres, Dios mío Omnipotente y bondadoso! Yo te alabo y quiero amarte sin medida. Hazme amor tuyo en la tierra para que seas amor tuyo glorioso y en Ti en el cielo para siempre, siempre. Bendito seas.

Yo te glorifico y quiero amarte más que a mi mismo y como Tú me amas.

CAPÍTULO II

COMO Y CUANDO ESTA JESUCRISTO EN LA EUCARISTIA

«Te adoramos, oh Dios, que te ocultas bajo el velo del Sacramento», repetimos con las palabras de Santo Tomás y creemos como él lo creía.

Jesucristo, teniendo el pan en sus manos, dijo: «*Esto es mi Cuerpo*» y teniendo la copa con el vino dijo: «*Esta es mi Sangre*». Es dogma de fe y por lo mismo es necesario creerlo para ser discípulo de Jesucristo y pertenecer a la Iglesia Católica y Apostólica.

Este Sacramento y misterio encierra una grandeza maravillosa y supone un poder más grande que la creación con todas sus maravillas corporales y espirituales. La inteligencia humana en la tierra no alcanza a comprender maravilla tan excelsa. Pero es necesario creerla para pertenecer a la Iglesia católica. La fe es el obsequio de la razón a la verdad revelada por

Dios. Dios, Jesucristo-Dios, ha revelado y enseñado esta altísima verdad, que de suyo supera el entender humano, pero que tiene grandísimas razones y pruebas del mismo Dios para ser creída. Dios la ha confirmado con milagros. El milagro es la prueba de la verdad de Dios, que sólo Dios pueda dar. Porque milagro es *«un hecho sensible y extraordinario, que sobrepasa todas las fuerzas de la naturaleza»*. Solo Dios puede hacerlo.

La fe no se merece con nada. Es un don gratuito de Dios y es necesaria para salvarse. Pero la fe tiene grandísimas y convincentes razones para creer y tiene la prueba de Dios por los milagros.

Es necesario creer en el misterio o Sacramento de la Eucaristía. Este misterio o Sacramento nos enseña que Jesucristo está realmente en la Eucaristía, y que al recibir o tomar la Eucaristía, se recibe y come realmente a Jesucristo todo, a Jesucristo Dios y Hombre verdadero. En lo que parece pan, o bajo las especies o accidentes de pan y de vino, está real y verdaderamente Jesucristo todo: Dios y hombre verdadero. Después de la consagración es *«el mismo cuerpo histórico de Cristo, nacido de la Virgen María, inmolado en la Cruz y glorioso hoy en el cielo»*. El mismo. Todo ésto es verdad de fe, definida por el Concilio Tridentino.

Estas son claras y terminantes y definitivas

las palabras del Concilio y que hay que creer: «*Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene real, verdadera y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre, junto con el alma y la divinidad, de Nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente todo Jesucristo, o dijere que está en el mismo solamente como un signo, o en figura, o por su poder, sea anatema*». (Ses. 13, Cp. 8, Can. 1).

Jesucristo, como Persona, la segunda de la Santísima Trinidad, Dios y hombre verdadero, ha dado su poder a las palabras del sacerdote, y por ese poder se convierte la sustancia del pan y del vino en el cuerpo vivo de Jesucristo. Sin dejar el lugar glorioso del cielo, se hace presente, él mismo en el pan consagrado por la transustanciación. La sustancia del pan, toda, se ha convertido en el cuerpo vivo, real, glorioso de Jesús. Es una acción totalmente milagrosa. Santo Tomás dijo con toda precisión: «*Esta conversión (de la sustancia del pan y del vino en el cuerpo de Jesús) no es semejante a las conversiones naturales, sino que es totalmente sobrenatural, obra exclusiva del poder de Dios*». (Sm. 3, q. 75, a. 4).

Y el Catecismo Romano dice también claramente: «*Es la conversión admirable, en virtud de la cual se convierte toda la sustancia del pan en toda la sustancia del Cuerpo de Cristo, y toda la sustancia del vino, en toda la sustan-*

cia de la Sangre de Cristo, sin ningún cambio o mutación de Nuestro Señor. Porque Cristo no es engendrado ni sufre cambio ni aumento, sino que permanece íntegro en su sustancia.» (Cat. Rom. q. 35).

El mismo Concilio Tridentino aclara y define que, terminadas de pronunciar las palabras de la consagración, queda hecha la transustanciación en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y que permanece en las sagradas formas que quedan reservadas hasta su corrupción. Quiero poner las palabras porque ha habido algunos, después del Concilio Vaticano Segundo, que decían no estaba ya el Cuerpo y Sangre de Jesucristo terminada la misa en las formas reservadas.

Dice así el Concilio Tridentino: «*Si alguno dijere que, acabada la consagración, no está el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo en el admirable sacramento de la Eucaristía, sino sólo en el uso, al ser recibido, pero no antes ni después, y que en las hostias o partículas consagradas que sobran o se reservan después de la comunión, no permanece el verdadero Cuerpo del Señor, sea anatema*». (Sesión 13, cpl. 8; canon 4).

La sustancia del pan y del vino, por el poder que Jesús da a las palabras de su sacerdote en la consagración, se ha convertido en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Cuerpo vivo

y sangre viva con el alma y la divinidad. Y Cuerpo perfecto, como está en el cielo. En todas y cada una de las formas consagradas, y en todos los lugares es el mismo Cuerpo y único de Cristo.

Es conveniente exponer esto con toda claridad, porque es difícil de comprender, por estorbarlo o dificultarlo la imaginación, pero es de suma importancia por su misma dificultad, y de grandísima devoción y admiración. Porque en verdad maravilla y supera la natural comprensión, que un solo y mismo cuerpo esté en muchos y muy diversos lugares. ¡Y es el mismo! Está en el cielo y en la tierra y en el pecho de quienes le reciban.

Porque «*como no hay más que un Cristo Redentor, así no hay más que un cuerpo de Cristo: el que está glorioso en los cielos, adonde subió el día de la Ascensión. El efecto de la transustanciación es producir la presencia real del mismo Cuerpo bajo las especies del pan transustanciado. Es un dogma formal la identidad numérica del Cuerpo del Salvador en el cielo y en el Sacramento. Cuando yo comulgo, recibo idéntico Cuerpo que el que a mi lado comulga, no un cuerpo semejante o diferente; cuando le adoro, adoro el único Cuerpo que adoran los Angeles en el cielo, y a quien rinden sus homenajes mis hermanos del hemisferio opuesto de la tierra. Nos enreda y turba la*

imaginación, cuando nos representa a Cristo multiplicado según se multiplican las especies bajo las que se esconde. No se multiplica el Cuerpo de Jesús, sino la presencia real del mismo Cuerpo, porque se transustancia en él el pan que existe en distintos lugares. Solo que en el cielo está el Cuerpo de Jesús según sus propias dimensiones, como nuestro cuerpo; y en el Sacramento, estando entero, bajo las especies del pan, no ocupa el espacio que puede llenar con su extensión real, por un milagro único que se realiza en la presencia sacramental.» (La Eucaristía y la Vida Cristiana por Dr. D. Isidro Gomá. Cpl. VI. pág. 205 y sgs.).

En la Eucaristía recibo el mismo cuerpo glorioso que está en el cielo y se hace presente en la sagrada forma por el milagro de cambiar la sustancia del pan en el verdadero Cuerpo de Jesús glorioso. Jesús viene a mí para ser mi alimento; para que yo le coma y hacerse Vida mía y viene con su corte gloriosa del cielo, aunque oculta y callada como Él se hace presente real y verdadero y glorioso, aunque oculto y callado. Jesús viene a mi alma para unirse a mí y para ser el fin y la gloria del universo ofrecido a la Santísima Trinidad y dándole gloria por todos.

«A la unión hipostática de la naturaleza humana en la Persona del Verbo, correspondía como una multiplicación de la Encarnación, la

unión... individual de Cristo con los hombres, comunicándoles la sustancia misma de su cuerpo y haciéndoles participantes de su vida, para concluir que si en la Encarnación Dios es humanado, en la Eucaristía el hombre es deificado, y que ella, como la unión más íntima y perfecta a que pueden llegar lo humano y lo divino, es el fin del universo y la más alta glorificación de la Omnipotencia y gloria de Dios». (*Filosofía de la Eucaristía*, por D. Juan Vázquez Mella y Fanjul, págs. 186-187).

Jesucristo dio el mandato y puso la obligación de comer su Cuerpo y su Sangre. *Si no comiéreis la carne del hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros. (Juan, 8-54). «Se comen y se beben las especies sacramentales del pan y del vino... Las especies sacramentales son el vehículo por el que el Cuerpo y la Sangre de Cristo entran en nuestro pecho para ser la divina refección de nuestra alma. La conservación de las sagradas especies importa la permanencia de Cristo en nosotros, porque importa la perduración del Sacramento, pero sólo el alma recibe las divinas influencias de la Eucaristía. Se opera entonces la nutrición del espíritu.» «La corrupción de las especies sacramentales incluye la destrucción del Sacramento. De esta manera deja de estar Jesús en el que le recibe.» (La Eucaristía y la Vida Cristiana* por Dr. D. I. Gomá, cpl. VI).

Por las palabras de la consagración Jesús se pone realmente en las especies; ha transformado la sustancia de las especies en su Cuerpo y su Sangre, que se hacen presentes, *«tal como son... el Cuerpo informado por el alma, lleno de actividad y vida; y Cuerpo y alma unidos hipostáticamente a la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima: esto es: todo Cristo»*.

¿Pero cómo está Cristo en el Sacramento? *«Nada de lo que tiene Cristo en el cielo falta en el Sacramento de los altares. Ni la substancia ni los accidentes, y, por lo mismo, el Cristo de la Eucaristía es, por lo que atañe al Cuerpo, y ya no hay que hablar del alma y de la divinidad que le acompañan, un cuerpo orgánico, perfecto, glorioso, con los mismos miembros, igual belleza, idénticos órganos e igual vida que en el cielo. Más aun... El Jesús de la Eucaristía tiene la misma cantidad que el Jesús inmortal de los cielos.*

«¿Cómo, entonces, no aparece Jesús en su estatura natural, ocupando el lugar que le corresponde, como lo ocupan nuestros cuerpos? ¿Cómo se le transporta como una leve hostia, y se le encierra en un diminuto tabernáculo, y se le recibe en la estrecha cárcel del pecho?

»No faltaron quienes explicaron la maravilla por un milagro de condensación o de contracción de las partes del Cuerpo santísimo de Cristo, que quedaría así reducido por el poder

de Dios, a las estrecheces de una pequeña hostia o de parte de ella. Doctrina absurda que nos da un cuerpo de Cristo deformado, sin la propia extensión, con unas partes metidas dentro de otras contra el sentir de toda la tradición cristiana, así formulado por el Cartusiano: "Cristo en este sacramento es corpóreo, con sus dimensiones, tan grande como cuando trataba con los hombres en la tierra, como en la cruz y en el cielo, ni menos glorioso y refulgente en las manos del sacerdote que en el trono y en el seno del Padre Altísimo"». (Dion. Cart. Elem. Theolog. pro. 135)

La explicación, en cuanto cabe darla, de tales maravillas del humano pensamiento, nos la ofrece la fórmula del Angélico: «*La cantidad dimensiva del Cuerpo de Cristo, está en este Sacramento, no según su manera peculiar, es decir, toda en el todo, y cada una de las partes en cada una de las partes, sino a manera de substancia, de cuya naturaleza es estar toda en el todo y toda en cada una de las partes.*»c (S. Tho. 3, q. 76, a)

«... *En la Eucaristía hay la substancia, la cantidad y la extensión del Cuerpo de Cristo; pero por un milagro de la Omnipotencia de Dios, esta extensión no se despliega con relación al espacio; ni hay el contacto de las partes del Cuerpo del Señor con la extensión correlativa del lugar que ocupa. La santa Cabeza y el*

tronco, los miembros no ocupan el volumen que por su naturaleza y dimensiones debieran ocupar, sino que todas las partes del organismo de Cristo se hallan en todas su integridad en toda la Hostia y en cada una de sus más mínimas partículas... Es que la cantidad del Cuerpo del Señor no sigue las leyes de su naturaleza, ... sino las leyes de la substancia, estando por lo mismo, toda la cantidad, como toda la substancia, en todas y en cada una de las especies consagradas...

»Ni puede el Cuerpo del Señor estar sujeto directamente a movimiento local, sólo se mueve de lugar aquello que ocupa lugar... Como el Cuerpo del Redentor es inmóvil en la Eucaristía, así es impasible... El Cuerpo de Cristo no pesa, por la doble razón de su estado glorioso y de su estado sacramental.

»¡Oh Jesús! Ya estás aquí, sobre el altar, en el tabernáculo, en mi pecho miserable. Vuestro Sacerdote ha pronunciado unas palabras: y ellas, porque son hijas de vuestro poder y de vuestro amor, han roto el equilibrio de las leyes sobre que vuestro pensamiento fundara el mundo de la materia. Y aquí estáis con toda la hermosura del Verbo humanado, y con las pobres apariencias de un pedazo de pan: Hombre Dios, como os vieran vuestros contemporáneos, como os ven los Angeles en la gloria, sin que se os vea en vuestra presencia real en el Sacramento.

»Todo Vos, Jesús: vuestros dulces ojos, vuestra noble frente, vuestra santa faz, vuestro Corazón vivo, vuestra Sangre salvadora. Todo Vos, en todas las Hostias del mundo, en cada partícula de ellas, idéntico y entero en la división microscópica de cada una de ellas.

»Todo Vos, vivo como hombre y como Dios, con cuerpo y alma, pero inmóvil, impasible, impenetrable, intangible. Os habéis escondido bajo esta blanca hostia, que parece pan y no lo es, porque el pan se ha convertido en Vos. Y así, en este ser sacramental, habéis convertido en un hecho vivo lo que no podía imaginar el hombre: estar en el cielo y en la tierra; vivir glorioso y sacrificaros cada día; ser robusta comida de los Angeles y leche suavísima para el hombre; llenar los cielos con los resplandores de vuestra gloria y ocultaros en la oscura soledad de nuestros sagrarios; vivir realmente entre los hombres, Vos solo Santo, Vos solo Señor, Vos solo Altísimo, Jesucristo; y vivir de suerte que los hombres no mueran de pavor a la visión de la grandeza de vuestro poder y de vuestra gloria». (La Eucaristía y la Vida Cristiana por el Dr. D. Isidro Gomá, capl. VI).

Me ha parecido lo más prudente y práctico trasladar la exposición maravillosa del Cardenal Gomá, aun cuando sintetizando o suprimiendo párrafos, porque exponiéndola a mi

modo me resultaría mucho más extensa y tal vez menos clara por la dificultad de los magníficos y maravillosos conceptos que encierra. Son todos como lo más grande y maravilloso de este Divino Sacramento, que es obra de la omnipotencia de Dios, más grande y admirable que la misma creación del universo, como lo hace resaltar y lo razona St. Tomás diciendo: «*Hay en esta conversión de las especies eucarísticas del pan en el Cuerpo de Jesucristo, cosas más difíciles que en la creación. La dificultad única de la creación es sacar el ser de la nada, y éste es precisamente el modo de producir propio de la Causa primera, que nada supone anterior a su actividad. Pero en la conversión eucarística no está sólo en cambiar todo el ser, hasta el punto de que nada quede del primero, lo cual ya sobrepuja el modo común de producir, sino también en hacer que permanezcan los accidentes cuando ha desaparecido la substancia, y una multitud de otras maravillas*». (Sm. Th. 3, q. 75, a. 8, al 3).

»*Y todo para llevar al pecho de un pobre hombre, de un hijo suyo, tal vez ingrato o criminal, el bocado de la vida divina, de cuya difusión siente ansias el Corazón de Dios. Y todo en el misterio de una acción invisible, que escapa al sentido; en la humildad de una palabra en la que ha escondido su propia fuerza; en la pobre apariencia del pan y del vino, que*

no se alteran a la voz vivificadora y potente de la palabra sacerdotal. (Gomá, id. id.)

Creo y sé por la seguridad que me da la fe, con mayor certeza que la de todos los razonamientos de los hombres y de las ciencias humanas, que Jesucristo está real y verdaderamente presente en la sagrada forma desde el momento en que el sacerdote termina de decir las palabras de la consagración y lo mismo en las especies del vino en el cáliz.

Creo y sé que está Dios y hombre verdadero. Como Dios, infinito y omnipotente; como hombre, en cuerpo y alma, vivo, perfectísimo y glorioso. Perfecto en su humanidad como vivió en la tierra, como hacía los milagros, el hijo de la Virgen, como fue crucificado, como resucitó glorioso y triunfador, con todos los miembros perfectos. Y está glorioso, como está glorioso en el cielo. El mismo que comunica y da gloria a los Bienaventurados y los hace felices, y a los Angeles y sus santos. Y está en mi pecho. Le he recibido, se hace mío y quiere ser mi vida. Se me da. Está en mi alma, en mi entendimiento y está haciendo su obra de amor dentro de mí hasta que desaparecen las sagradas especies y se descomponen. Y está realmente la Divinidad y la humanidad, en las sagradas formas del sagrario hasta que se descomponen o consumen. Y en el sagrario le acompaño, le hablo, me mira con amor, me ofrece su gracia, su amor y su persona.

CAPÍTULO III

JESUS ENRIQUECE EL ALMA SEGUN SEA LA HUMILDAD Y EL AMOR CON QUE SE LE RECIBE.

Jesús instituyó la Eucaristía para darse a las almas, para dar la vida sobrenatural, la santidad y la sabiduría de la santidad a las almas. Y se da y comunica o infunde esas sus riquezas según las encuentra dispuestas o preparadas. La humildad es el fundamento y la medida del amor del alma y de su limpieza o hermosura. La humildad le atrae. La Virgen nos lo enseñó cuando dijo en su cántico de alabanza a Dios: *Alaba mi alma a Dios, llena de gozo, pues ha hecho en mi maravillas, porque miró la humildad de su sierva.*

La humildad es el fundamento y la medida del amor, de la limpieza y de las ansias del alma por hacer la voluntad de Jesús y estar unida en amor a El. Jesús es el amor infinito, y llena de su amor y de las virtudes al alma hu-

milde, y establece en ella su morada de amor. La humildad atrae al Rey del cielo, que viene para santificar el alma, para vivir en el alma y hacerla un cielo por las virtudes. Un cielo donde El mora y está siempre acrecentando la hermosura del alma y su amor. ¡Qué milagros ha hecho con tales almas! ¡Qué riquezas quiere poner en todas las almas, si todas nos dispusiéramos! Vivid, oh Jesús, en mi alma y hacedme cielo!

Santa Teresa de Jesús dice que la humildad es el cabello que trae al Rey del cielo y le hace venir al alma, y establecer en ella su morada. Jesús en la Encarnación fue el modelo y el endiosamiento de la humildad. Siendo Dios, tomó la naturaleza para redimirnos. Y fue y es el gran modelo de la humildad en la Eucaristía, convirtiendo la sustancia del pan y del vino en su propio Cuerpo y Sangre con su divinidad, para ser la vida sobrenatural del hombre y divinizarle, y bajo las especies sacramentales mora después de la consagración, y se da al hombre en amor para levantar al alma a que tenga vida divina. Misterio incomprensible a la razón humana mientras vive en la tierra y que admirará y alabará eternamente en el cielo.

Dios ha premiado muchas veces con manifiestos milagros o mercedes extraordinarias la humildad especial de algunas almas, como ha premiado las ansias que tienen de recibirle y

la limpieza de vida con que le han recibido.

Deseaba recibirle una religiosa muy santa, de Venecia, el día del Santísimo Cuerpo, y no siéndole posible por estar enferma, Dios hizo que, diciendo en la Catedral la Misa solemne San Lorenzo Justiniano, quedara suspenso ante la gente, y milagrosamente Dios le transportó por bilocación a la celda de la religiosa y la dio la comunión a continuación de la consagración. Premio de Dios a las almas con ansias de recibirle, no escatimando los milagros para mostrarles su amor y vivir en ellas.

Muy conocido es cómo se preparaba San Luis Gonzaga a recibir al Señor, empleando y llenando todo el día en darle gracias y en pensar iba de nuevo a recibirle. Y en la vida de San Ignacio hace resaltar su primer biógrafo que no consentía ni una pequeña distracción cuando se preparaba para celebrar la misa. Toda su atención estaba fija en Jesús a quien iba a recibir.

No menos divulgadas son las palabras que Santa Teresa escribe de las ansias que ella sentía por recibir a Jesús y la merced con que se las pagó. Como es de tanta actualidad y de tanta admiración, quiero transcribirlas para excitar la propia y la ajena devoción: *«Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes que no sé si podría encarecer. Acaecióme una mañana, que llovía tanto, que no*

parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuanto más agua. Como llegué a la iglesia, dióme un arrebatamiento grande. Parecióme vi abrir los cielos, no una entrada como las otras veces. Representóseme el trono que he dicho a vuestra merced he visto otras veces y otro encima de él, adonde por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi entendí estar la Divinidad... Cómo estaba en el trono, ni qué estaba en él, no lo vi, sino muy grande multitud de Angeles; pareciéronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia... y la gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por ésto.

»Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello.

»Comulgué y estuve en la misa que no sé cómo pude estar». (Vida, 39, 22).

El amor produce las ansias y suelen estar las ansias en proporción del amor. Pero el

amor está avivado y fundado en la humildad y limpieza de conciencia, que es en la santidad de la vida y florecimiento de las virtudes. A Jesús le atrae el alma humilde. Jesús limpia y va al alma humilde para enriquecerla, hermosearla y no solo acompañarla, sino establecer en ella su morada de amor permanente. El alma humilde es casa suya y propiedad suya, donde ininterrumpidamente mora y vive llenándola de amor.

Un confesor inexperto dijo a la Madre Isabel de Jesús, Carmelita Descalza, que había pasado de la Encarnación de Avila con Santa Teresa a las Descalzas y vivía entonces en Malagón, porque tenía casi todos los días largo arrobamiento después de comulgar, que no comulgase, pues lo hacía por vanidad. La Madre, muy humilde y obediente, se retiró a ejercitar las virtudes de humildad y paciencia, y a comulgar espiritualmente en un rincón del coro. Estando el sacerdote en la ventanilla del comulgatorio con las formas en la mano, para repartirlas a las religiosas, vieron que una de ellas se fue derecha a la boca de Isabel de Jesús; quedaron todas admiradas y ella traspuesta en el Santísimo, que llenó de singular dulzura y regalo su alma. (María Pinel, Retablo de Carmelitas. cpl. VI).

Antes de hacer su primera comunión Santa María Magdalena de Pazzi, cuando entraba su

madre en casa después de comulgar, la abrazaba y la decía que olía a Jesús, que después tantas gracias la comunicaría a ella, ya de mayor en éxtasis muy extraordinario cuando con tanto espíritu comulgaba. Son gracias de amor muy señaladas hechas a los que le reciben con muy extraordinario amor en ansias de amor y en humildad y delicadeza de conciencia.

Cuando veían las gentes a San Vicente Ferrer deshacerse en lágrimas de amor desde el principio de la misa que celebraba antes de sus sermones, quedaban ya impresionados para las verdades que luego les predicaba y para recibir las maravillas y milagros de cuerpo y alma que Dios hacía por él. Jesús habla y obra en las almas directa e interiormente cuando se le recibe en la comunión y también cuando se le acompaña y mira ante el sagrario. Jesús está allí. Jesús habla y obra allí directamente en lo íntimo del alma.

San Felipe Neri, celebrando en privado, decía al acólito se marchara un rato después de consagrar para quedarse él mirando y amando a Jesús sobre el altar y en sus manos. Diciendo el Superior a San Juan de Sahagún no se detuviese mucho en la misa antes de consumir el Cuerpo de Jesús, decía el Santo *«Bien, pero ¿qué haré de este Niño?*; no se atrevía a consumirle hasta que dejaban de verle sus ojos como niño y volvía a ocultarse bajo las especies;

pero quedaba en su alma imborrable, vivo, glorioso, santificador y siempre acompañando al alma.

Narran las historias de aquella gran penitente, Santa María Egipciaca, tan heroicamente convertida y ofrecida a Dios, que tantos años vivió sola en el desierto después de su conversión, llevando vida como de ángel después de haberla Dios purificado fuertemente durante diecisiete años con purificaciones interiores y exteriores y de purificarse ella misma con grandes penitencias, que el mismo Viernes Santo que recibió la comunión de manos de San Zósimo, murió en su desierto, sola, y se conservó su cadáver durante un año a la intemperie, fresco y como si acabara de fallecer; incólume de las fieras, lo encontró al año siguiente San Zósimo sobre la arena. ¡Lo que obra Jesús por la comunión cuando quiere aun en los cuerpos! Es imposible concebir la maravilla que obra en las almas humildes, limpias y que están con fe delante de El y con fe y limpieza le reciben y le tratan. Es el mismo Jesús que glorifica a los Angeles y Bienaventurados en el cielo Quien quiere entrar y entra en mi alma para vivir en ella y preparármela a la glorificación. Por Jesús no quedará. Quiere y tiene poder para hacerlo. Que quiera yo; que queramos las almas y convertiría, en cierta manera, la tierra en cielo por el amor divino, y

las almas vivirán con el pensamiento y con el corazón en el cielo; con Jesús en la tierra, pero acompañándole y amándole como en el cielo.

Al recordar aquí reunidos hechos maravillosos obrados por Jesús en la Sagrada Eucaristía, es mi primera intención acrecentar en mi alma el amor, el agradecimiento, la devoción y admiración a Jesucristo en este tan inefable y divino misterio y sacramento. Deseo y le pido a El me haga arder en su divino amor y el amor me enseñará y dará ánimo para acompañarle cuanto me sea posible y siempre recordarle y tenerle presente en mi alma.

Este Jesucristo de la sagrada y divina Eucaristía es el mismo, exactamente el mismo que el que está en el cielo. En el cielo me llenará de felicidad en su misma felicidad, como llena de felicidad a los Angeles y a los Bienaventurados. Pues Tú eres, Jesucristo, el Rey de la gloria, teniendo como Dios la misma gloria que el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios y una única naturaleza divina e infinita en todas las perfecciones con ellos.

Aquí, en la Eucaristía, busco y quiero acompañarle y le pido me llene de su amor entregándole yo el mío todo y con ello vivir en la esperanza y en la confianza que da el amor mutuo, esa misma felicidad del cielo, pues Dios es la felicidad y el verdadero cielo.

Aquí, en la Eucaristía, vives, oh Jesús, con-

migo y te haces mío, y me unes íntimamente a Ti, y me haces tuyo en tu mismo amor para que yo te ame con tu mismo amor, y en compañía de la Virgen tu Madre y mía, y te ame con Ella y con San José, Padre adoptivo, y en compañía de los Angeles del cielo y de los Bienaventurados.

Oh Jesús, divino Jesús, Dios y hombre verdadero, ya glorioso, bendito seas, pues con la fe que me has dado, y te pido me acrecientes, me enseñas a vivir esta divina realidad: de que estoy en tu compañía y en Ti y Tú conmigo y en mí. Estás glorioso en Ti, aun cuando yo no veo todavía tu gloria. La fe y la gracia que me das me enseñan que eres el mismo, el mismo del cielo y un día te veré y te gozaré en el cielo ya glorioso y serás para siempre mi felicidad y mi dicha. Eres allí ya mi Dios glorioso y me llenarás de gloria en proporción de amor con que te amé, te recibí y te acompañé aquí en la divina Eucaristía.

CAPÍTULO IV

MARAVILLAS DE JESUS EN LA EUCARISTIA

Dios obra maravillas en lo íntimo de las almas. Las maravillas que hace directamente en las almas son las más grandes, pero no se ven ni las llamamos milagros. La santidad es una maravilla admirable de Dios y lo es continuada en un alma. El alma santa, toda alma santa, es una maravilla de Dios.

Sólo Dios puede obrar, como dijimos ya, los milagros. A veces escoge almas a las que llamamos santos, y por su medio los realiza. Los Santos sólo son como instrumentos espirituales, son los medios por los cuales Dios obra los milagros, y solamente El puede obrarlos. Porque el milagro, como queda ya definido, *es un hecho sensible y extraordinario, que sobrepasa todas las fuerzas de la naturaleza*. Los milagros son la palabra y la prueba de Dios en comprobación de una veracidad. Dios es todo